

LA CONDICION

Todo escritor resulta no sólo creador de su obra, sino recreador de los entornos vitales de sus lectores. Cuando un escritor ha terminado su obra -el libro, el poema, la novela-, no ha hecho algo en solitario; no ha sido el fruto de un soliloquio consigo mismo, sino de un diálogo, silencioso pero fructífero, con quienes van a compartir con él el secreto misterioso de aquel trozo de vida que es la obra. La historia literaria nos enseña que este fenómeno se repite una y otra vez. El TU, el NOSOTROS, o, en muchas ocasiones, el sigiloso y escondido narrador (oculto de mil modos diferentes) intenta establecer el puente necesario entre el lector y el autor. El indispensable puente sin el cual toda obra artística queda sumida en la ignorancia o en el desdén.

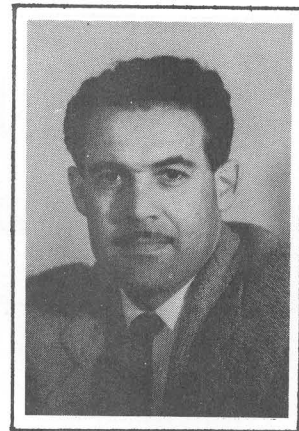
Desde las calendas más remotas de la historia literaria en las Islas, el escritor nacido en ellas ha necesitado, en muchas ocasiones, esforzarse por establecer ese puente invisible; o ha tenido que luchar, con valor temerario, para construir la senda de la comunicación con sus lectores. Es fácil asegurar, de un modo gratuito, que el escritor insular -especie no muy frecuente- ha tenido que luchar más arduamente que cualquier otro para hacerse oír; o para hacerse escuchar, que es mucho más difícil. Pienso que ha tenido las mismas dificultades que cualquier compañero suyo, perdido en el magma del continente. Únicamente, eso sí, ha tenido unas circunstancias que lo han sometido y lo han limitado; tanto en su quehacer como en sus propósitos.

Viene al recuerdo una figura dentro del ámbito insular que se llamó el Vizconde del Buen Paso, poeta excelente, personaje nada común, distinguido por tantas y tan especiales singularidades. Los

versos del Vizconde -no muy conocido hoy-, escritos con sangre, con pasión y con vehemencia, parecen tener la frescura de la actualidad; porque tienen el fuego, la inconformidad y la protesta de cualquier juvenil explosión de nuestros días. Cuando entre sus susurrantes endecasílabos quevedescos, contemplamos la grandiosidad del Teide, convertido en mito de tantos deseos y sueños del poeta, se nos ocurre pensar en el diálogo que nunca encontró el poeta, en las actitudes desdeñosas que soportó y hasta en las ataduras que le envolvieron; tan intensas, que le precipitaron a la romántica y desesperada huída a tierras extranjeras. El Vizconde, casi octogenario, explotando, sacudiendo, esgrimiendo, a través de la fluidez rítmica del verso, el estilete de su sátira y de su burla: porque sátira y violencia fueron el sino de casi toda su vida, tan paralela en ocasiones a la del rutilante Don Francisco Quevedo.

Y si nos acercamos al muy atildado siglo de las luces, contemplamos, sombra insigne, al abate Viera: acompañado de sus contertulios, escribiendo las páginas de los primeros periódicos insulares, aconsejando y sonriendo... O lo volvemos a ver, vistiendo ya hábitos de canónigo, en las galerías catedralicias, discutiendo con sus compañeros de coro, escribiendo puntuales cartas al Marqués de Villanueva, jugando suavemente a la conspiración o al embelezo de la poesía. Viera, Don José Viera, "la pluma más arriesgada que tuvieron las Islas en el siglo de las luces" -según dijo de él Agustín Espinosa, otro cazador de voluntades insulares en el siglo XX-, consiguió la mayoría de las veces establecer el misterioso puente (ahí está su *Historia*, leída y "saqueada" a lo largo de dos siglos), venció en la incruenta batalla de hacerse oír de sus paisanos: su voz tuvo autoridad y dominio. Pero, con todo, en sus cartas -sin duda, el texto menos conocido de su obra, pero el más expresivo de su carácter-, hay desgarramiento y dramatismo cuando, desde Madrid, unas veces, o desde Las Palmas, en otras ocasiones, habla de la "soledad insular". Esa soledad que su ingenio, su talento y su personalidad supieron vencer continuamente.

DE ESCRITOR



**Alfonso
Armas
Ayala**

La violencia, el estallido y el chisporroteo románticos acompañaron la vida de otro clérigo insular que se llamó Graciliano Afonso: humanista, poeta, conspirador, político, exiliado. Los largos ochenta años de su vida conocieron zozobras, angustias, condenas de muerte, huídas tormentosas... Las muchas horas que pasó dentro de la Catedral de Las Palmas (cuya canongía doctoral ostentó) se caracterizaron por una lucha ininterrumpida; y su quehacer vital dentro de la ciudad y de las islas (nombrado diputado a Cortes, durante el trienio liberal de 1823), estuvo marcado por el signo de la incompreensión o del desdén. Figura popular en su ciudad, autoridad indiscutible para muchos menesteres, guía indudable del entonces incipiente romanticismo insular, Afonso representó la especie del escritor que en el torbellino de su vida, dejó una estela más que de admiración de compasiva sonrisa. Aunque aparezcay hoy a nuestros ojos como paladín esforzado e incomprendido entre sus paisanos.

Y en el siglo XX, la solitariedad de Alonso Quesada, mordiente, irónico, con su humor amargo. Alejado de su entorno social, procurando llegar al público, pero alejado de él. La aspereza de sus versos, la mordacidad de su prosa son factores primordiales; sin la brillantez ni la sonoridad de Morales, Alonso, encerrado o en sus *Crónicas*, retratando, silueteando, haciendo negro sobre blanco de su sociedad, de la sociedad insular. Intentando conquistar al lector, del que parecía estar distanciado.

En el XVII, en el XVIII, en el XIX, en el XX, cada escritor, cada autor en busca de su lector. Todos, encerrados en la isla, pero deseosos de conquistarla o de llegar a ella. Ya con la búsqueda del paisaje, ya con la interiorización de la mirada, ya con la crítica de la prosa. El autor siempre en busca del lector.

Decir que esta búsqueda fue más fructífera unas veces que otra, es no decir nada. Sí es más importante consignar que a todos les preocupó reflejar en sus libros a la isla de alguna manera. Con más nitidez o con más simbolismo: la isla, la geografía pesando, imprimiendo su sello. Para exaltarla, para olvidarla o para satirizarla.

El escritor insular reflejando en su obra algo de su mundo; no para embellecerlo siempre, sí para dar fe de su existencia.

Y esta constante, esta línea invariable de la insularidad podría ser un denominador común de la literatura insular. No para empequeñecer el horizonte literario, sino para enriquecerlo con el prisma con el que el artista ha sabido verlo en cada instante. O con el silencio, con el hosco silencio con que lo ha rodeado.

La isla convertida en sombra del escritor. La isla tutelándolo, absorbiéndolo o ignorándolo; y el escritor, obsesionado, poseído o atraído por la sombra. Con la que lucha, a la que desprecia, pero a la que se siente unido por invisibles lazos.

Sí, el escritor proyectando su doble, recreando su diálogo para encontrar el resonador del caracol isleño. Mientras las olas, el cielo, el olvido o el desprecio -pocas veces el amor- parece no reconocerlo.

Como si de un fantasma se tratase. O como si el fantasma fuese un pájaro extraño, ingrato y agorero.

Alfonso Armas